

Imágenes de una historia

JUSTAMENTE famoso es, desde hace dos décadas, este libro de Richard Hofstadter, que Six Barral ha permitido conocer en versión castellana más competente y límpida de lo que es habitual en las traducciones de este (a menudo horrible) de literatura, histórica o psicológica extranjera. (1)

Como la obra se despliega en una sucesión de estudios extendidos, cada uno de ellos personajes decisivos en el proceso político norteamericano, la lectura plantea una primera interrogante: ¿de qué "tradicón política" se trata? ¿hablando? Puesto que el autor no explicita el punto o ninguna altura de su trabajo, es quien se el que se ve enfrentado a una dilucidación que constituye, como dijimos desde ahora, uno de los grandes atractivos del conjunto.

En historia política el término "tradicón" representa una de las muchas claves ambiguas que son susceptibles de manejarse. Pues tradición es, por una parte, continuidad de una dirección, persistencia de comportamiento e instituciones sin la cual la misma existencia de una sociedad en la historia es difícil de concebir. Pero —y de un modo más peyorativo—"tradicón" es también "inercia" cultural y institucional —pautas de acción o pensamiento que han permeado de modo profundo la vida y los hombres pero cuya función ha dejado de ser efectiva y dinámico— en las otras palabras de un lenguaje más codificado: "superestructuras" que prolongan su vida sobre la caducidad de las estructuras" que digámoslo desde ahora —son "status" teórico indefinido, como observa Althusser.

No es en forma unívoca que Hofstadter emplea los dos acepciones del término y enhebra a través de ellas, con sutileza y ambigüedad no siempre fácilmente advertibles, su historia. Pero si el autor no obtiene entendimiento, se le puede decir que esos estudios de personalidades (y en dos ocasiones de grupos: los "founding fathers", los "conservadores" y los "liberales") sino análisis de personalidad tan cabales como los mejores pueden serlo, pero realizados desde una perspectiva constante y espejista. El origen de los fenómenos que estudia los grandes líderes, sus intereses económicos, su ideología social y los modos en que todos condicionan la línea de acción política norteamericana y los Estados Unidos tiene un largo y fecho antecedente científico y ensayístico. En ocasiones, como en el brillante estudio de John Jay, el "padre" de la Constitución de los años", desde el mismo rótulo se hace extensible el aire doctrinal, en que este ángulo de estudio está sustentado por un estudio de la específica línea norteamericana del enfoque económico en el propio caso de su estudio Wendell Phillips (el patriota convertido en agitador) y ha aprovechado también la labor inerte de Charles y Mary Beard. Digase, asimismo, que en ningún caso los "dramatis personae" de Hofstadter son los peores ejemplos de cualquier "estructura" o cualquier "espíritu objetivo" y que a todo lo largo de una obra bastante extensa se abona una muy confortable inercia a la historia concreta histórica, psicológica, histórica, social —de sus sujetos-objetos. Desde esa altura, si, el libro llega a ser un sustancioso estudio de épocas y temperamentos, de la capacidad de referencia muy fértil a otros individuos, situaciones y tradiciones nacionales. Hay páginas, por ejemplo, sobre la personalidad de los libertarios y sobre el destino de las esesiones (p. 223) o sobre la política retributiva de F. D. Roosevelt (p. 418) que pueden representar más que los ejemplos de la misma índole. Y si se nos permite una referencia personal, apuntaremos que leyendo la obra de este debimos haber conocido un trabajo recientemente aparecido sobre Luis Alberto de Herrera ("Enciclopedia Uruguaya" N° 36) nos sorprendió lo que pudo haber sido un estudio de su personalidad y su doctrina (antiliberalismo, populismo, vitalismo, nacionalismo, etc.) coincidir con las de "Teddy" Roosevelt (de carácter, social, etc.). Es una afinidad que, intuitiva a través de la lectura de alguna traducción francesa de Herrera, explica bien que el campeón del "big game" manifestara tanta interés por el "big game" cristiano, en el curso de 1913.

Hofstadter siempre toma, aunque tenuemente, partido entre la grandeza o la negatividad de sus temas de estudio. Al público en general, social, se le puede llamar la atención (en especial si ha leído a Sandberg) su persistente dedicación de Lincoln desde su plinio "unión" y de anticlericalismo, y de anticlericalismo. Pues respecto de su documentada reducción



del orador de Gettysburg a un político maniobrero (aunque sensible a los aires de opinión) que sigue, con infantes distingos y temores, a remolque de una causa. También el largo descredito del presidente Wilson desde el fracaso de sus "cuatro puntos" y de "su" Sociedad de Naciones tras ese momento central en que lo vió el implacable retrato de John Maynard Keynes (2) se sentirá incómodo con Hofstadter. Este, sin distillar sus yerros, su fatal introversión ni su suficiencia profesional, da del profesor de Princeton una imagen a veces literalmente conmovedora de un hombre de estado en quien el sentido religioso del propio deber, la gravedad y seriedad del compromiso vital de todos sus emprendimientos alcanzan una altura literaria, si no parangón. Tal respeto contrasta, agreguemos, con la escasa simpatía con que se da de la figura de un Franklin Roosevelt sobre las líneas de un patriota más bien frívolo e indocumentado, pragmático, intuitivo y confiado, antes que nada, en las armas de un encanto personal supuestamente irresistible y a menudo desafiante. Mejor la precedente dimensión de la obra, se está —mejor— en condición de advertir que ésta mayor se articula sobre ella. Toda la historia de los Estados Unidos, plena Hofstadter está permeada por la tradición jeffersoniana-jacksoniana de la creencia en la igualdad de oportunidades para todos los hombres, en la santidad y la capacidad de fructificación del esfuerzo individual. Esas creencias se traducen en determinados dogmas políticos-sociales: el derecho incontestable a la propiedad, la igualdad ante la ley; se vierten en las tendencias institucionales de la descentralización y limitación del poder; confían al privilegio de unos determinados "de la competencia auténtica", el de la "variedad" la "libertad" la "energía", la "autoayuda". Estipulado sincrónicamente tal contenido, la versión es credo común a muy distintas formulaciones ideológicas, la sucesión de retratos que estructura el libro hará posible señalar como ese credo se adaptando a diferentes épocas, cómo me embizando diversos intereses sociales.

Cada vez con más dificultad, parece obvio. Hasta que fue Franklin D. Roosevelt el primer estado que tuvo el mérito, según Hofstadter, de reconocer explícitamente el fracaso de la gran tradición estadounidense de dinamismo y apertura y fundar nuevos actitudes políticas y desearán —quién o no, se reconozca o no— en el supuesto de esa extinción.

La reseña podría concluir aquí. Pero el libro —y en ello está probablemente su mayor fuerza— es, además, también otra "tradicón política". Es mucho menos ostensible y a la vez infinitamente más sustantiva aunque no fácil de definir.

Si, empero, se intenta hacer lo que decir que está representada por el condicionamiento social de todas las corrientes y modalidades de acción política que en los Estados Unidos se ha condicionado, no tanto en forma directa como a través de las "ideologías". Pero ambos condicionamientos no cierran el círculo sólo completa la figura de esta "segunda tradición" el que aquella acción política no se haya ejercido nunca —por

lo menos en categoría de elevado nivel, de efectivo impacto— sin tratar de modificar o enmendar de alguna manera, condicionamiento e ideología. Más allá de la esfera del mero disímulo (que siempre ha existido en la historia) de la universalidad y generalidad con que se ocultan los intereses de clase, grupo o sector, el "poder" de los Estados Unidos, en su historia, de modo inevitable, implícito, en el proceso partidario-electoral, en la competencia, en el juego plural entre ofertas y programas que pueden representarse, por la adquisición del poder público.

Cabe, claro, la observación, de que tal sistema de interacciones se da en toda sociedad contemporánea políticamente democrática y económica-socialmente capitalista y que el fenómeno carece, por lo tanto, de la suficiente especificidad como para fundar una "tradicón nacional". Puede responderse, sin embargo, que constituyendo los Estados Unidos el modelo superior de las características, la intensidad, la "pureza" (por decirlo así) del proceso se ofrecen en ellos en forma superior a lo que es dable en cualquier otra nación.

Si así se reconoce, se hace comprensible el interés que (cuando el tradicional ideal "jeffersoniano" demostró el debilitamiento y se identificaron para el planteo las figuras de William J. Bryan, Teodoro Roosevelt, Wilson y F. D. Roosevelt).

Si los presidentes republicanos —Hofstadter sólo estudia al ingeniero y tecnócrata organizador que fue Hoover— importaron períodos de plena aceptación del capitalismo monopolístico y quedan por ello marginados, y si esta "segunda tradición" es real, entonces descansa y se articula en esos cuatro nombres. Teodoro Roosevelt y su "New Nationalism" y Wilson y su "New Deal" afirma el autor, fue mucho más radical, Bryan, el persistente candidato y su "revivalismo" sentimental y agrario, el "New Nationalism" y "Nueva Libertad", el habilitado Roosevelt II y su "Nuevo Tratado" se movieron, variable pero inextinguible, entre el "New Deal" y el "New Nationalism".

La aceptación básica, radical, del poder de las grandes "corporaciones" y del proceso que lleva hacia su gigantismo es el primero. El segundo está representado por la aspiración y intento (también fundamentalmente auténtico) por controlarlas, por ponerlas al servicio del "bien común" por evitar, desde instancias ostensibles o veladamente al poder político y estatal como por casi medio siglo ocurrió y se toleró pacíficamente. El tercero y tal vez el más radical, es el intento de Wilson y Roosevelt de salvar, entre las dos pinzas de esos términos, el "viejo sueño americano". Por rescatar el arquétipo de "sueño americano" y de "libertad" y la autosuficiencia individual como nervio de una sociedad, por remontar la cuesta en que se iba haciendo cada vez más mítica, raída, convencional.

Dentro de estos límites se movió la vida ideológica norteamericana desde por lo menos la guerra hispano-estadounidense de 1898 hasta la crisis económica de 1929 y los burrantes del segundo conflicto mundial. En ese casi medio siglo la historia —con sus avatares específicos, su amplitud y de arastro— y la economía supermonopolística —con sus suyas, de concentración y jerarquía— coexistieron a veces pacíficamente e chocaron a veces con violencia específica. Los tres —en que bajo aquellas lemas arribó apuntados, alguna voluntad política egregia trató, ya no de consolar el poder del dinero pero si de humanizarlo, someterlo a cauces o constricciones. El recuento de estas tentativas, las fallididades psíquicas, sociales e ideológicas de sus autores, su fracaso global, sus (por qué no decirlo) pequeños logros duraderos, constituyen un relato aleccionante.

La historia no se cerró en este punto, naturalmente, ni Hofstadter se hallaba en condiciones (el volumen es de sobre extenso) de proseguir su penetrante, esclarecedora recreación.

(1) RICHARD HOFSTADTER: "La tradición política americana". Editorial Six Barral, Biblioteca Pivota de Franco, 1964. (2) JOHN MAYNARD KEYNES: "Las consecuencias de la guerra". Barcelona, Calpe, 1963. 67 p. 75 s.

VENDO

Colectión MARCHA
Mayo 1956 a Diciembre 1969
Colectión Suplemento "CL. DURA"
Tratar: Luis de la Torre 994, ap. 3